



revista de poesía

maría Laura romano

la elementalidad de la comida

julio 2010

Maria Laura Romano
La elementalidad de la comida

Mi hijo va a jugar al fútbol
yo lo miro correr, correr.
Pienso que en la cancha
los hombres nadan con los pies
buscando patear
una cabeza de medusa.
Pero es imposible:
a la velocidad de mi hijo
el pasto que pisa
se transforma en tierra seca.
Los mejores botines del mundo
no sirven para nadar,
levantan polvo
y golpean las piedras
que son los arcos
del mejor club.

http://www.revistadepoesia.com/

La intensidad de la vida se me va
en ir y venir del súper
en decidir si comprar para mi hijo
primeras o segundas marcas.
La intensidad de elegir me vuelve inteligente:
lo de más calidad lo guardo aparte
en el placard de la ropa, abajo de la cama,
entre las frazadas de planchar.
A veces invento espacios secretos en la heladera
escribo leyendas de tinta indeleble
en el plástico o cartón de las cosas:
“Rodri, tesoro, esta coca cola
es para VOS
para que sientas las burbujas
doradas emerger del líquido oscuro
como vos emergiste de un lugar oscuro
para después salir hasta perderte en un mundo
sin rumbo”.
“Rodri, mi amor, la cindor
es para VOS
para que recuerdes
la leche blanca de mis pechos
la leche que ahora de tanto estancarse
y no poderse dar
está enturbiándose
volviéndose oscura como la cara
tuya y de tu papá”.

*La fiesta de después de ir al súper
de después de que la heladera está llena
y que los platos y los otros escondites
están repletos de comida.
La fiesta que la deja a ella llena.*

No sé cuándo fue
con exactitud
que me empezó a crecer
adentro el hijo.
Me acuerdo de la vez
que fuimos con Ángel al cine
y después nos acostamos juntos.
Para mí que esa vez
me acabó adentro sin nada.
Igual no dije nada
no quería ni un sí ni un no
me gustaba pensar
en contener los líquidos.
Después almorzamos juntos
un menú que comí lenta y esmerada:
entrada, plato principal,
postre, café.
Anhelé vivir así para siempre.

*La fiesta de después de tener sexo
de después de que la satisfacción
la deja como quebrada
de después de que salta mucho.
La fiesta que la deja a ella
con el estómago revuelto.*

Hice un poquitito de pis
tratando de no salpicar
concentrándome para que el chorrito
saliera derecho.
Comprobé por el color que
algo en mí de él permanecía.
Entonces le escribí una carta:
“Ángel, mi vida, el hijo que llevo
es TUYO
ahora estás en mí latiendo
como el corazón que está adentro.
Fue el cruce interno de yo
y de eso de vos
que es líquido
poder de transmitir inalteradas
las cosas de tu persona”.

Él llega con la plata
dispuesto a pelear
por el crecimiento
imponderable de los gastos
del hijo.
Dice que él no es un banco
ni pone plata
como ponen huevos las gallinas,
qué que me creo
que va a llevar a la justicia
el caso de la manutención.
Yo le contesto que no tiene derecho
ni él ni yo
a litigar sobre la comida de un hijo.
Es un derecho natural
de todos los hijos
no hay juez o jueza que pueda dárselo
o quitárselo
es tan natural como que respiramos
un gas sin olor, ni ruido, ni gusto,
ni materia que se pueda tocar.

Sentí un deseo inexplicable
de comer cerezas al marrasquino
con montañas de chantilly
mojadas en almíbar
rojo y alicorado.
Fui a comprarlas en colectivo
las miré flotar
en el líquido rojizo
como imagino que el bebé
flota adentro mío.
Pensé en que mi agua
no debe ser así de roja
sino azul
como el agua que destiñen
las bombachas azules.
Pensé en que las cerezas
me proveen de azúcar
y que el azúcar puede hacer
del líquido de mi panza
un almíbar bien dulce.

La primera vez que lo sentí
me quedé quieta
tuve la sensación
de un aleteo enorme

imaginé que era un pájaro
que me estaba adentro
entreteniendo a mi hijo.
Después el médico me explicó
que no, que era el bebé
sobreexcitado por el almíbar.
A partir de ahí armé con coca
festivales de azúcar
que bailé
siguiendo el ritmo del hijo,
moviendo los brazos
como si fueran las alas
de un pájaro
aterrizando de apuro.

Cuando era chica
quería que las cáscaras
quedaran finitas
con el menor resto posible
de la carne de fruta
o de tubérculo.
Qué cuerpo diferente
el de la papa y
la manzana:
arcilloso y compacto
blanco más amarillo
y blanco papel.
Yo los quería igual
de transparentes
desasidos de su cuerpo
lucientes de luz solar.
Mi mamá me enseñó a hacerme
collares rojos y negros
con las cáscaras nuevas
yo me ensuciaba todo el cuello
de tierra y de un azúcar pegajosa
me pasaba la lengua y sentía
cómo los granulitos negros
ensuciaban el perfume frutal.

*La fiesta de soñar despierta.
La fiesta que la lleva a ella a Japón.
La fiesta de tener
los ojos chinos de la madre
y caminar por calles llenas
de árboles a punto de reventar
por el peso de tantas cerezas.*

Mi mamá está curtida por el sol y la tierra.
La luna no se refleja en ella.
En el monte había días
en los que sólo se mojaba la cabeza.
Siento orgullo por mi mamá:
en la escuela aprendí
que en la cadena de las especies
el bicho de tierra está más evolucionado
que el de mar.

Los tesoros de la cocina son
el culito que queda de
la harina y la polenta
todo mezclado
más el pan duro rallado.

Mi mamá hacía masa
de eso y yo hacía masa
con mi mamá
y planeábamos juntas
una torta. Los domingos
inflaba las medias rotas
con una bombita
incapaz de dar ya
luz. Las zurcía,
dóciles se dejaban coser
recibían una sobrevida
de manos de mi mamá.
Así yo aprendí que
la economía de guerra
era muy parecida
a la de mi hogar.

Tengo las tetas
inmensas y duras como rocas
como esas rocas que de tan ancianas
viven quietas
por millones de años
abajo del mar.
Pero escuchar llorar al bebé
las pone
mágicamente blanditas
como si fueran la sombrilla
de dos aguavivas
enormes y púrpuras.

*La fiesta de alimentar a su bebé.
La fiesta de tener millones
de litros de leche de financiamiento.
La fiesta de convertirse en súper mamá
en una casi máquina que dé de mamar
a millones de hijos.*

Mi mamá nunca me dejó
bañarme antes de acostarme
decía que no podía dormir
con una almohada mojada
que mi abuelo se había muerto
jovencísimo
por mojarse de madrugada
para salvar unas plantas
del granizo
esas malditas piedras
transparentes
que cayeron
del cielo
golpearon de muerte
los pulmones de mi abuelo
estrangularon su corazón.
Yo tampoco dejo
a Rodri que lo haga
tengo miedo
de esa falla pulmonar
cardíaca.
De bebé
me levantaba a la noche a espiarlo
miraba cómo la panza
le subía y le bajaba
parecía jovencísimo
y cansadísimo de las noches
fuera de mí.

Como si me crecieran
rulos de fantasía
la cabeza se me ensancha
y el sueño tarda en encontrar
el centro del lugar de su caída.
Tengo tregua hasta la 1; si no
me levanto a tomar el fresco.
En las noches de verano
las palabras de mi mamá
salen lentísimas
tan lentas como anda
bajo un sol abrasador
el sulki de mudanzas del monte,
ese que llevó a mi padres
de recién casados
a un hotel del pueblo;
los caballos con el calor
andan lento
mucho más lento que mi dedo
que revuelve a toda velocidad
el vaso de agua
para escuchar el ruido refrescante
de los cubitos.

Es la hora de los cuentos nocturnos
de los cuentos naturalistas del monte:
Un chico
que desangró al padre
con el corte de un hielo
afilado como un puñal.
Una chica
que se ató una piedra al cuello
y se tiró al arroyo.
Esa misma chica
que fue salvada
y a los 2 meses asesinada
por el papá.
La maestra del pueblo
que le cortó el pito
a un chico de 13
porque lo agarró
con el pantalón bajo
adentro de una chanchita.
La pobre chanchita
que, un poco más crecida,
fue el plato principal
de la fiesta de casamiento
de la maestra.

Me acuerdo que de chica
hacía un agujerito
en la tierra
para contener el pis
recién salido
y meter las manos ahí.
Me acuerdo que de chica
una vez hice
pis del color
marrón de la coca cola
y a escondidas con la mano
le di unos sorbitos
loca de contenta
por mi coca auto producida.

*La fiesta de masticar
lentamente
las catástrofes de la locura
y de hacer masa con una historia
de terror.*

Cuando quiso hacer
la tabula rasa
de la sal
mi madre se acordó de la historia
la historia de atrás
la historia de antiguos
que le queda
en la cabeza a un nieto
porque ya le quedó a un hijo.
La historia es
de cuando la comida
era algo más elemental
el gusto era otra cosa
como cuando me acordé
que mi boca alguna vez
sólo tuvo la memoria alucinada
de la leche que brota
sin trabajo.

*La fiesta de sentir a espaldas
la historia profunda
la fiesta de hacer
la honda travesía de sentir
el aire cortado
de quedar deslumbrada
por la boca sin fondo
del beso vertical
en los siglos por nacer.*

Mientras escucho
apoyo el vaso sudado
en la panza
para que su agua contagie
al bebé
la memoria glacial
de los cubitos.
En una ola de sueño
mi panza es así de dura
un hielo helado
ahuecado y gigante
con el sol débil
pero brillante
entrando por las ventanas.

María Laura Romano

La Elementalidad de la Comida

JULIO 2010
WIP

maría Laura romano
la elementalidad de la comida
julio 2010

anodino y coody disemos quitodragon @ tu topia.com

revista de poesia

